

solo pensaba en satisfacer sus rencores, pasiones y envidias. El infante Dionisio era el único que no habia doblado la rodilla delante de ella; por esto fué el primer desterrado, y despues de andar errante muchos años, llegó á las costas de Flandes, donde vivió largo tiempo con unos pescadores. En seguida, llegó su vez á D. Juan, su hermano, é hijo mayor de Inés, cuyos celos encendió Leonor contra María Tellez, su propia hermana y esposa de aquél, á fin de tener ocasion para perderle. D. Juan creyó á Leonor, no pudiendo pensar que la reina le detestase hasta el extremo de sacrificar una hermana á su odio; y cuando hubo muerto á puñaladas á la inocente María, fué proscrito por asesino á instigacion de la reina. Cierto que mas tarde Leonor solicitó su indulto, pero D. Juan no aprovechó el perdon para vivir en la corte. Ruido por sus penas, é instruido sin duda de las perfidias de la reina, retiróse primero al norte del Duero, en sus dominios, y de allí á Castilla. Parecia que la raza de la dulce Inés estaba maldita mientras que triunfaba la odiosa Leonor.

Esta coronó sus crímenes con el adulterio. El aventurero gallego Andeiro, de quien se habia servido como negociador cerca del rey de Inglaterra, llegó á ser el rival de Fernando, y reinó con ella para desdicha de Portugal. Solo el rey, cegado por su ternura y agoviado de achaques prematuros, no veia ni los sufrimientos de sus pueblos, ni los desórdenes de su esposa, ni la decadencia de su país, y despues de las fiestas dadas con motivo del enlace de su única hija, Beatriz, espiró á la edad de treinta y ocho años (1383). Su viuda Leonor, ya fuese efecto de su remordimiento, ó de su audacia, no acompañó segun costumbre el cadáver de Fernando hasta el convento de San Francisco, donde fué sepultado al lado de su madre.

TERCER PERÍODO.

PORTUGAL BAJO LA DOMINACION DE LA CASA DE AVIS
(1383—1580); GRANDEZA MARÍTIMA.

CAPÍTULO VII.

Rápidos progresos de Portugal durante el reinado de Juan I. (1385—1433.)

REGENCIA DE LEONOR TELLEZ (1383); PODER PROGRESIVO DE D. JUAN DE AVIS.—DON JUAN DE AVIS GOBERNADOR.—INVASION DE LOS CASTELLANOS; D. JUAN PROCLAMADO REY.—VICTORIA DE ALJUBARROTA (1385); RETIRADA DE LOS CASTELLANOS.—IMPORTANCIA DE LA VICTORIA DE ALJUBARROTA.—D. JUAN SE APOYA EN INGLATERRA CONTRA CASTILLA; PAZ DEFINITIVA EN 1399.—GOBIERNO DE JUAN I; EXTENSION DE LA AUTORIDAD REAL.—PRIMERAS EMPRESAS DE PORTUGAL EN EL EXTERIOR; TOMA DE CEUTA (1415).—BENÉFICA INFLUENCIA DEL INFANTE D. ENRIQUE.—PRIMEROS DESCUBRIMIENTOS; PUERTO SANTO; MADERA.—OCUPACION DE LAS CANARIAS, DE LAS AZORES Y DE LAS COSTAS AFRICANAS; DOS CAMINOS HACIA LAS INDIAS.—MUERTE DE JUAN I (1433); SU GLORIA.

Regencia de Leonor Tellez (1383); poder progresivo de D. Juan de Avis.

La muerte de D. Fernando, poco lamentable sin duda en sí misma, lo era muchísimo como acontecimiento político, toda vez que promovía un gran pleito de sucesion.

En efecto, D. Fernando solo tenia una hija, Beatriz, habida con Leonor, y esposa entonces del rey D. Juan 1.º de Castilla. La constitucion de Lamago, alejando del trono á las infantas unidas con príncipes extrangeros, se oponia á cualquier pretension de aquella á la corona; pero conculcando las leyes fundamentales, muchos tratados y extipulaciones recientes sancionadas por las mismas cortes, se lo habian prometido solemnemente. La reina

Leonor, pues, á quien el testamento de D. Fernando conferia la regencia, mandó al punto proclamar reina de Portugal á su hija, aclamacion que fué recibida en medio de universal silencio, evidente indicio de que Beatriz, no cañiria la corona sin que corriesen rios de sangre.

A la hija de Leonor Tellez, á la esposa de un rey extranjero oponian ya los patriotas portugueses en el fondo de sus corazones, dos jóvenes príncipes tan distinguidos por sus infortunios como por sus prendas: el uno era D. Juan, hijo primogénito de Inés, cuyo crimen involuntario hemos referido; el otro, llamado tambien D. Juan, era hijo bastardo de D. Pedro el Justiciero, de quien habia recibido á la edad de siete años la gran maestría de la órden de Avis. Ambos representaban á los ojos del pueblo, contra Leonor y su hija, la virtud desdichada y la nacionalidad portuguesa.

Esta gran cuestion entre tres personas se simplificó de improviso gracias al mismo rey de Castilla, el cual reduciendo á prision al hijo mayor de Inés, concentró en una sola cabeza, en el gran maestro de Avis, todos los votos de los verdaderos portugueses. Nada podia imaginar mas contrario á los intereses de doña Beatriz, en cuyo nombre, empero, violaba las santas leyes de la hospitalidad. Don Juan de Avis, el bastardo, tenia entonces veinte y seis años, y á pesar de la ilegitimidad de su nacimiento, contó como auxiliares en su empresa, además de su mérito personal, con el aborrecimiento general de que eran objeto la regente y su amante Andeiro, con el sentimiento nacional, y con la amistad de un anciano caballero que los portugueses reputaban como tipo de valor y de lealtad, con Alvar Paez.

Colocada Leonor entre las pretensiones de D. Juan y los derechos de su hija, era muy difícil su posicion, así es que resolvió ganar tiempo y no decidir nada hasta que las armas castellanas pudiesen asegurar á Beatriz la corona portuguesa. En lugar de romper sin demora con el infante, á quien no habia cesado de perseguir, afectó no considerarle como á pretendiente, y hasta procuró atraerle á su corte, y cuando el rey de Castilla avanzó contra Portugal, quiso que él protegiese las fronteras, tal vez porque esperaba que pereceria en ellas, ó porque queria despobularle con derrotas, ó bien porque no dudaba de que el mari-

do de Beatriz triunfaria fácilmente de aquella aparente resistencia. Estraña necesidad para Leonor! Arrastrada por el entusiasmo general, tenia que combatir contra los partidarios de su hija, puesto que abrigando la firme idea de hacer traicion, preferia esta guerra impía á la abdicacion.

D. Juan de Avis partió al punto para Alentejo. Pero mientras Leonor se lisonjeaba de haberle alejado con tan buen pretexto, solo abandonaba el infante la corte para volver á ella como dueño. Acompañado de algunos nobles y de una comitiva numerosa, volvió á presentarse dentro de algunas horas á las puertas de palacio para recibir, decia, las últimas instrucciones de la regente, y poco tiempo despues estaba en presencia de Leonor.

La ocasion era favorable, pues en el momento de entrar, el hombre mas odiado del pueblo, el conde Andeiro, se encontraba al lado de la regente, en la actitud de un favorito, lo que acrecentó la ira de los amigos de D. Juan. Andeiro conoció el peligro, y previno á sus servidores para que estuviesen alerta; pero Don Juan, sin mostrar la menor emocion, acabó su visita, despidióse de Leonor, y rogó á Andeiro que le siguiese. Este accedió, y salidos de la sala donde estaba la corte, despues de una breve conversacion cuyos detalles se ignoran, D. Juan sacó su puñal é hirió al conde, quien cayó moribundo. Al inmolarle así, D. Juan creia ejecutar la sentencia que todo el pueblo habia pronunciado contra el favorito.

No se equivocaba. La muerte del aventurero fué la señal de una sublevacion universal en que todos los amigos de Andeiro sufrieron igual suerte. La misma regente, que al principio habia confundido los gritos de venganza con los cantos fúnebres de los campesinos que segun costumbre lloraban la muerte del rey al pié de los balcones de palacio, solo debió su salvacion á D. Juan, cuyas protestas de respeto y adhesion no pudieron lograr que se quedase, y marchó aquella misma tarde entre las maldiciones que tanto habia merecido. Era tal el odio de los portugueses hácia Leonor, y tal el entusiasmo nacional por D. Juan, que hasta los hermanos de esta princesa se habian declarado contra ella.

D. Juan de Avis gobernador.

Aunque la rápida caída de Leonor abría ancho campo á Don Juan el Bastardo, este príncipe no se atrevió á sentarse desde luego en el trono, y solo se presentó como á vengador del hijo de Inés, prisionero en Castilla, reserva que le imponía la ilegitimidad de su nacimiento, hasta tanto que la gloria le hiciese rey. Hasta conseguirlo, esmeróse en mostrarse merecedor de este título, y en atraerse el pueblo, no ignorando que casi toda la nobleza le rechazaría por bastardo. En efecto, uno de sus mas poderosos partidarios fué un simple cubero, Alfonso Yañez, quien le salvó impidiendo que prevaleciese la idea de casarle con Leonor; pero cuando los nobles vieron que D. Juan sabría pasarse sin su apoyo, se dieron prisa á ofrecerle su espada y su adhesión.

Entre ellos hay que citar al menos á D. Nuño Alvarez Pereira. Bastardo como D. Juan, pero de una de las mas ilustres casas portuguesas, Alvarez, bien que apenas llegaba á los veinte y tres años, gozaba ya fama de ser el caballero mas cumplido del reino. Había recibido de Leonor sus primeras armas á la edad de trece años, y no habia cesado de enaltecerlas con sus hazañas. La España entera le conocia, y temía Castilla.

Referíase particularmente lo que hizo en las bodas de Beatriz con el rey de Castilla. Preparadas las mesas, Alvarez y su hermano, como los mas jóvenes, dejaron que todos los nobles se sentasen antes que ellos, y al fin se encontraron sin cubierto. Alvarez rogó entonces á los convidados que se estrechasen un poco para darles cabida á los dos, pero nadie se movió; irritado entonces de tal falta de cortesía, Alvarez derribó de un puntapié una mesa, y sin hacer caso de las amenazas que promovió este insulto, salió lentamente de la sala. Su acción produjo un gran tumulto, que solo cesó cuando el rey de Castilla hubo exclamado: «Quien se venga tiene razon; quien nada teme cuando se trata del honor, está destinado para grandes cosas.» Toda la vida del *Escipion portugués* correspondió á tan arrogante principio; escudero de Leonor, solo se presentó al regente cuando vió que su causa era la de la nacion; su llegada llenó á D. Juan de muy legítima alegría, pues era para su partido un prestigio

y una fuerza, y rogóle al punto que se contase entre sus consejeros, y que aceptase el mando del ejército.

Invasión de los castellanos; D. Juan proclamado rey.

Las circunstancias se agravaban. Mientras marchaban contra Lisboa muchas divisiones castellanas, y bloqueaba fuertemente una escuadra numerosa la boca del Tajo, Leonor proclamaba de nuevo á Beatriz, acuñaba moneda con el busto de Juan I., y promulgaba sus ordenanzas á nombre de este monarca. Portugal iba á convertirse en provincia de Castilla.

Entonces se vió cuanto puede el entusiasmo de una nacion cuando una mano diestra sabe utilizar sus recursos. Cuando parecia que Lisboa y el Portugal entero iban á sucumbir, presentábase D. Juan y Alvarez, y renace la esperanza, reaparece el valor, y todos corren bajo sus banderas como para una cruzada. Y en verdad lo era, toda vez que se trataba de patria y libertad. Su apóstol fué el arzobispo de Braga, quien con una espada y un rosario recorría las calles de Lisboa, y mandaba ir á las murallas á cuantos podian combatir. Hasta los clérigos debian acudir á ellas, y les decia: «Sois sacerdotes; yo tambien, y sin embargo peleo; sois religiosos, yo arzobispo. El mismo papa empuña las armas cuando es necesario, y es sin embargo superior á todos nosotros.»

Guiados por Alvarez y por D. Juan, los portugueses obtuvieron varios triunfos parciales que aumentaban cada dia su audacia, al paso que las tropas castellanas, seguras poco antes de llevar á cabo en pocas semanas la conquista de Portugal, caian en profundo desaliento. Acosadas luego por el hambre y la peste, crueles auxiliares de Juan el Bastardo, solo pensaron en retirarse sin deshonor, y saliendo en breve de Portugal, se llevaron por únicos trofeos á los numerosos féretros de los jefes suyos que perecieron en aquella desastrosa expedición. Los soldados de D. Juan se habian cubierto de gloria, y tambien es de notar la parte importante que la nacion portuguesa tomó en la lucha, ya que salvó á Lisboa librando del bloqueo el Tajo.

Terminada esta guerra, que duró diez y ocho meses cuando menos, las cortes nacionales entraron á discutir los derechos de

los diversos pretendientes. D. Juan que, en defecto del nacimiento, tenía por títulos su gloria reciente y el amor del pueblo, logró fácilmente que los suyos prevalecieran. El entendido Juan de Arregas, su abogado, le defendió primero contra Leonor, y luego, rechazada ésta, contra la sangre de Inés, cuyo enlace con el rey D. Pedro no fué reconocido. Sin embargo, estas discusiones teóricas iban ya languideciendo y la anarquía amenazaba prolongarse indefinidamente, cuando Alvarez, lanzándose de repente fuera del salón de sesiones, resolvió dirigirse al pueblo reunido, el cual le respondió con aclamaciones, saludando como á rey á D. Juan el Bastardo. Las cortes se asociaron de grado ó por fuerza al impulso de las masas (1385), y sucedió con Juan I lo que con Alfonso Enriquez despues de la victoria de Ourique: la gratitud le coronó. De este día datan los maravillosos destinos del reino de Portugal, aunque la alta nobleza se avino mal con la elevación del bastardo.

Victoria de Aljubarrota (1385); retirada de los castellanos.

Sin embargo, era necesario que la victoria sancionase la elección nacional, pues mientras D. Juan ceñía la corona real, el rey de Castilla reunía otro ejército, equipaba una escuadra numerosa, amenazaba á Lisboa, y asolaba las campiñas de Beira, y Beatriz, en cuyo nombre iba á combatir, tenía también entre los portugueses un partido temible. Los nobles principales y muchas plazas importantes se habían declarado ya por ella, ó esperaban ocasión para hacerlo.

Juan I, al contrario, podía reunir pocos soldados, y falto de fortalezas y de dinero, parecía vencido de antemano; pero además de su propia firmeza, contaba con el ardor de los suyos y con los consejos de Alvarez, á quien acababa de conferir la espada de condestable.

La guerra empezó con escaramuzas, pues era necesario ejercitar en la guerra á los soldados portugueses, ocupar algunas plazas, y fatigar las tropas castellanas; pero luego que Juan creyó poder marchar contra el enemigo, lo hizo para apelar cuanto antes al juicio de Dios. Algunos de sus mejores capitanes le suplicaban que no avanzase; pero el rey y el condestable se mostraron inflexibles.

La inferioridad del número no les intimidaba, y temían que el entusiasmo, que duplicaba sus fuerzas, se entibiase con las dilaciones de una guerra regular.

El día 15 de agosto de 1385, los once mil soldados de Juan I, tomaron posición en frente de los treinta mil que componían el ejército castellano, no lejos de la aldea de Aljubarrota, y mientras Juan y Alvarez recorrían sus filas para excitar su valor, el arzobispo de Braga, armado como ellos de pies á cabeza, les bendijo á todos, y les distribuyó las indulgencias concedidas por el papa Urbano VII. El firme continente de los portugueses durante este preliminar de la batalla, probó que estaban seguros de vencer ó morir; al paso que los castellanos vacilaban en aceptar el combate, temiendo con razón los esfuerzos de la desesperación, y conociendo que su interés estaba en prolongar la lucha. Entre los que les aconsejaban más vivamente el escusar la batalla, figura el embajador, francés Juan de Ric.

Sin embargo, ambos ejércitos estaban muy próximos uno de otro para no venir á las manos. Los portugueses, divididos en tres cuerpos casi iguales, avanzaban con resolución, cuando ofuscados por el sol y el polvo, sufrieron una formidable descarga de artillería. Al aspecto de aquellas máquinas desconocidas, apoderóse de ellos un terror pánico, y estaba sin duda perdida la acción, á no ser por la presencia de ánimo de un soldado, que al ver á solos dos hombres heridos por la descarga, exclamó: «Valor, compañeros; la muerte de estos dos hombres es un juicio de Dios. El uno había muerto á un sacerdote durante la misa, y el otro había cometido adulterio. La venganza del cielo está cumplida; combatamos.» A estas palabras, los fugitivos volvieron á sus líneas, y continuó la batalla.

El combate fué terrible, pues si los castellanos comprendían que de él pendía el éxito de la guerra, los portugueses sabían que su pérdida ocasionaría la ruina de la patria. Despues de prolongados esfuerzos, cuando casi anoecía, los castellanos comenzaron á ceder bajo los golpes del condestable, que mandaba la vanguardia. Alvarez llamó entonces á los *enamorados* y á los soldados del *estandarte verde*, los cuales, penetrando tras él hasta en medio de los más apiñados batallones, cambiaron al fin la refriega en completa derrota. El rey de Castilla dejó la pacífica mula

que montara al principiar la accion, y tomó en vano un excelente caballo de batalla para alcanzar la victoria, pues solo consiguió convencerse de toda la verdad de su derrota; y cuando hubo visto por sí mismo humillada su bandera, tomados sus bagajes, muertos sus caballeros, tuvo que emprender una acelerada fuga. Santarem fué su primer asilo; en seguida se embarcó en la escuadra que bloqueaba la plaza de Lisboa, y fué á reunirse con Beatriz, cuya causa habia tan injustamente sostenido. Fué tal el sentimiento que la noticia de este desastre produjo en los castellanos, que al principio estuvieron tentados de vengarse en aquella princesa; pero los consejos del arzobispo de Toledo y el regreso inesperado del rey les ahorraron semejante crimen.

Muy poco faltó tambien para que el gefe de los vencedores, el mismo Juan I, sucumbiese en aquella gran pelea. Mientras solo pensaba en dar ejemplos de valor, el castellano Gonzalez de Sandoval le arrancó el hacha de armas, le hizo caer de rodillas del caballo, y en el momento de descargar el hacha sobre la cabeza del rey, vino un caballero portugués y derribó á Sandoval, al paso que otro levantaba á Juan.

Importancia de la victoria de Aljubarrota.

Bien merecido es el nombre de *batalla real* dada por los cronistas á esta victoria, que dió definitivamente la corona á Juan el Bastardo y á la casa de Avis á costa de la infanta Beatriz y del hijo de Inés. Juan I permaneció tres dias en el campo de batalla, entre fiestas y acciones de gracias, y el hermoso convento de Batalha que aun se admira en aquel lugar, demuestra la piadosa gratitud del vencedor.

La victoria de Aljubarrota era mas que el triunfo de una familia el de una nacionalidad. Castilla habia abrigado siempre pretensiones ocultas ó declaradas sobre Portugal, cuya completa independencia data verdaderamente de aquel dia. Pero si en vez de considerar aquella gran jornada bajo el punto de vista portugués, examinamos los intereses generales de la península, podemos añadir que fué tan fatal como gloriosa. ¿Qué faltaba á la España cristiana del siglo XIV? La unidad, sin la cual no hay verdadero poder; de modo que el triunfo de Juan I fué un

obstáculo mas para la realizacion de aquella apetecible unidad. Para convencernos mas y mas, tengamos presente lo que fué España en el siglo XV, cuando las coronas de Castilla y de Aragon dejaron de estar separadas (1479). Cuanto hizo la union de estos dos reinos, de seguro lo habria cumplido la de Portugal y Castilla cien años antes; pero entónces nadie concebía la idea de la patria de una manera tan lata como sucede en el dia: los portugueses defendieron bizarramente la suya é hicieron bien; no podian sospechar que aquella guerra fuese tan solo una guerra civil, y que sus rivalidades interminables fuesen una causa perenne de abatimiento para la península.

D. Juan se apoya en Inglaterra contra Castilla; paz definitiva en 1399.

Mientras Juan I celebraba tan magníficamente la salvacion de Portugal y de su corona, su condestable no habia perdido ni un instante para expulsar á los castellanos, para franquear sus fronteras, para lanzar sobre su país todos los males con que ellos acababan de abrumar á Portugal, y para completar la victoria de Aljubarrota con la destruccion de los restos salvados de aquel gran desastre, siendo tal por otra parte la conducta de Alvarez durante la expedicion, que sus enemigos sintieron por él tanta admiracion como temor. En efecto, ¿cómo no admirar á tan cumplido caballero? Y cuando los grandes maestros de Alcántara y de Santiago se disponian á devastar en su ausencia el Alentejo, les dirigió este corto escrito: «Señores y amigos: Nuño Alvarez Pereira, conde de Barcellos, de Ourem, de Arrayolos, condestable de Portugal y mayordomo en gefe, se recomienda á vuestra memoria. Me han dicho que deseabais venir á buscarme; estad seguros de que me habria anticipado á vosotros á no ser la enfermedad que me lo ha impedido. Ahora que estoy restablecido, voy á salir al encuentro para ahorraros tan penosa marcha. Aguardadme en la frontera, donde dentro de poco me vereis dispuesto á recibirlos.» Por mucha que fuese la confianza que inspiraban á Juan I el valor de sus tropas, la lealtad de Alvarez y tantos y tan hermosos triunfos, no podia desconocer la indisputable superioridad de Castilla, y consideró necesario buscar en el exterior

algun aliado poderoso. Dirigióse pues á Inglaterra, excitando al duque de Lancaster, yerno de Pedro IV, á reclamar la corona usurpada por Enrique de Trastámara con el apoyo de la Francia: el duque aceptó sus ofrecimientos, y un ejército inglés desembarcó en las costas de Galicia (1386). Alianza funesta cuyas tradiciones han vivido demasiado!

Los castellanos, amedrentados, se apresuraron á imitar á don Juan, invocando el auxilio de Carlos VI, quien, reconciliado entonces con Ricardo II, no se atrevió á abrazar abiertamente su causa; pero un buen número de caballeros franceses que apetecían toda ocasión de luchar contra Inglaterra, marcharon á España. El mas ilustre de ellos era Luis de Borbon, quien llevaba consigo á unos dos mil hombres, pudiendo decirse que las operaciones no dieron principio hasta su llegada. En el momento de entrar en batalla, Juan I, que queria asegurar el porvenir de su dinastía, se hizo absolver por el Papa del voto que habia hecho como gran maestro de Avis, y casó con Felipa, segunda hija del duque de Lancaster, habiendo tenido la prudencia de no aceptar á Catalina, la primogénita, á fin de no tener que apoyar algun dia sus pretensiones á la corona de Castilla, á no obtenerla el mismo duque (1387).

Esta lucha fué mucho menos encarnizada de lo que era de creer, por haber el ejército castellano adoptado el sistema de no combatir y de hostigar solamente al enemigo, táctica que le fué tan ventajosa como á Carlos V contra Eduardo III. El hambre, las fatigas y las enfermedades dieron pronto buena cuenta de los invasores que se encontraron así vencidos sin haber combatido. Las desavenencias de los ingleses y de los portugueses, de D. Juan y del duque de Lancaster, salvaron á Castilla; y mientras Juan I, pretextaba una enfermedad para volver á sus Estados, los ingleses solo pensaron en retirarse con honrosas condiciones. Obtuvo las fácilmente; Catalina casó con Enrique, príncipe de Asturias, y abandonado todo derecho por el mismo duque de Lancaster, confundieronse con este enlace las pretensiones de ambas familias.

Poco faltó para que la marcha de los ingleses renovase todos los peligros que Juan I se habia lisonjeado de conjurar con su auxilio; pero extenuados por cinco años de guerra, los castellanos

no permitieron que su rey sacrificase por mas tiempo los intereses generales á su ambición personal, y los derechos de Beatriz, sin ser abandonados, fueron muy débilmente defendidos. La primera tregua, firmada por mediación del duque de Lancaster, valió á Portugal la devolución de las ciudades adictas todavía á Beatriz, hasta que prolongada varias veces, acabó por convertirse en tratado definitivo en 1399. Con todo, muy viva habia sido la reyerta para no dejar tras sí hondos resentimientos, y los dos pueblos quedaron enemigos aun en el seno de la paz.

Gobierno de Juan I; extension de la autoridad real.

No contento con dejar bien puestos el honor y la independencia de su nueva corona, Juan I nada omitió para consolidar su naciente dinastía. Rey caballero, mostróse asimismo rey político, y rival de Alvarez en los campos de batalla, supo tambien cerrarse con su canciller, Juan de Regras, para dedicarse á la reforma de la administracion. Las numerosas leyes que publicó, ya para modificar, ya para crear, ya para introducir orden y unidad en el caos de las antiguas legislaciones nacionales, con ayuda del código de Justiniano que mandó traducir, le colocan en un importante puesto entre los príncipes reformadores de su época; pero en lo que mas se ocupó, fué en extender mas y mas la prerogativa real á ejemplo de los reyes de Francia y de Castilla; empresa que llevó á cabo, porque para conseguirlo, contaba no solo con la razon y el derecho, sino con el apoyo de la nacion y con el ascendiente irresistible que le habian dado sus victorias; mayormente cuando la decadencia del régimen feudal, en ventaja comun de reyes y pueblos, era á la sazón un hecho europeo. Las horribles luchas de los Armagnacs y de los borgoñones no la impidieron, pero la entorpecieron en Francia. Las leyes inevitables del progreso condenaron á la edad media á una muerte mas ó menos rápida, pero general; y Juan I.º fué solamente uno de los mas diestros destructores del feudalismo.

Bajo este mismo príncipe sustituyose en Portugal el uso de la era cristiana al de la de Julio César, empleada hasta entonces en los documentos públicos y en las obras literarias.